

EL TIEMPO ES UN CANALLA

*Tour de force, 1*

Jennifer Egan

# El tiempo es un canalla

Traducción de Carles Andreu

editorial  minúscula  
BARCELONA

Título original: *A Visit from the Goon Squad*  
© 2010 Jennifer Egan

© de la traducción: 2011 Carles Andreu  
Revisión: Claudia Ortego

© 2011 Editorial Minúscula, S. L.  
Sociedad unipersonal  
Av. República Argentina, 163  
08023 Barcelona  
minuscula@editorialminuscula.com  
www.editorialminuscula.com

Primera edición: noviembre de 2011  
Primera reimpresión: noviembre de 2011

Diseño gráfico: Pepe Far  
Imagen de la cubierta: © Aleksandar Dickov

*The Passenger*, escrita por Iggy Pop y Ricky Gardiner, copyright ©1977 (Renewed) Bug Music (BMI), Ricky Gardiner Songs (PRS)/Administered by Bug Music and EMI Music Publishing Ltd. All Rights Reserved. Used by Permission. Reprinted by permission of Hal Leonard Corporation.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Preimpresión: Addenda, Pau Claris, 92, 08010 Barcelona  
Impresión: Romanyà Valls

ISBN: 978-84-95587-83-1  
Depósito legal: B-39.717-2011

Printed in Spain

*Para Peter M.,  
con gratitud*

Los poetas sostienen que recobramos por  
un momento lo que fuimos en otro tiempo al entrar de  
nuevo en tal casa, en tal jardín donde vivimos de jóvenes.  
Son peregrinaciones muy arriesgadas y tras las cuales  
se cosechan tantas decepciones como éxitos.  
Los lugares fijos, contemporáneos de años distintos,  
más bien debemos buscarlos en nosotros mismos.

Lo desconocido en la vida de los seres humanos  
es como lo desconocido en la naturaleza, que cada  
descubrimiento científico hace retroceder pero no anula.

MARCEL PROUST, *En busca del tiempo perdido*

A

## Objetos encontrados

Empezó como de costumbre, en el baño del bar del Hotel Lassimo. Sasha estaba frente al espejo retocándose la sombra de ojos amarilla cuando vio que en el suelo, junto al lavamanos, había un bolso que debía de pertenecer a la mujer a la que se oía orinar tras la puerta abovedada de uno de los retretes. Por el bolso entreabierto asomaba una cartera de cuero verde claro. Al pensarlo luego, Sasha se dio cuenta de que la confianza ciega de la mujer del baño había sido una provocación: «Vivimos en una ciudad donde a poco que te despistes te roban hasta el aliento, ¿y tú vas y dejas tus cosas a la vista de todo el mundo y encima esperas que sigan ahí cuando salgas?» Le entraron ganas de darle una lección. Sin embargo, bajo ese deseo se camuflaba una sensación mucho más íntima que siempre la había acompañado: aquella cartera tan mullida y succulenta se había cruzado en su camino... Era tan gris, tan vulgar dejarla ahí y no aprovechar el momento, aceptar el reto, dar el paso, arrojarse al vacío, jugársela, vivir peligrosamente («Ya capto», dijo Coz, su psicoanalista), y llevarse la cartera de los cojones.

—Quieres decir robarla.

Coz estaba intentando que Sasha utilizara esa palabra, mucho más difícil de eludir en el caso de una cartera que en el de los múltiples objetos que había tomado prestados durante el último año, cuando su afección (como él la llamaba) había empezado a agravarse: cinco juegos de llaves, catorce gafas de sol, una bufanda infantil a rayas, unos prismáticos, un rallador de queso, una navaja, veintiocho pastillas de jabón y ochenta y cinco bolígrafos, desde los bolis de plástico que utilizaba para firmar los recibos de la tarjeta de débito hasta el Visconti color berenjena que costaba doscientos sesenta dólares en internet, y que le birló al abogado de su antiguo jefe durante la firma de un contrato. Sasha ya no cogía nada de las tiendas: sus productos fríos e inertes no la tentaban. Solo los de la gente.

—Vale —dijo ella—. Robarla.

Sasha y Coz habían bautizado aquel impulso que a menudo la dominaba como su «reto personal», es decir: llevarse la cartera para Sasha era una forma de demostrar su dureza, de reafirmar su individualidad. Debían conseguir revertir esa situación, de modo que el reto no fuese llevarse la cartera, sino dejarla. Entonces Sasha estaría curada, aunque Coz nunca utilizaba palabras como «curarse». Llevaba suéteres de colores chillones y dejaba que ella lo llamara Coz, pero en realidad pertenecía a la vieja escuela, impenetrable hasta el punto de que Sasha no sabía si era gay o hetero, si había escrito algún libro de éxito, o si (como sospechaba a veces) era uno de esos timadores fugitivos de la ley que se hacen pasar por cirujanos hasta que un día se olvidan el instrumental quirúrgico dentro del cráneo de alguien. Desde luego, todas esas preguntas se podrían haber resuelto en Google en menos de un minuto, pero eran dudas útiles (según Coz) y, de momento, Sasha había logrado aguantarse.



Estaba tendida en un diván de piel azul muy blando. A Coz le gustaba el diván, según le había contado, porque eso les ahorra tener que establecer contacto visual.

—¿No te gusta el contacto visual? —le había preguntado una vez Sasha. Le parecía raro que un psicoanalista admitiera algo así.

—Me cansa —había respondido él—. Así los dos podemos mirar hacia donde queramos.

—¿Y tú hacia dónde sueles mirar?

Él sonrió.

—Ya ves las opciones que tengo.

—Pero ¿qué miras normalmente? Cuando tienes gente en el diván, quiero decir.

—Nada en concreto —dijo Coz—. Al techo. Al vacío.

—¿Y alguna vez te has quedado dormido?

—No.

Normalmente Sasha miraba hacia la ventana, que daba a la calle, y en la que aquella noche, mientras iba contando su historia, se arremolinaba la lluvia. Había visto la cartera, apetecible y madura como un melocotón. La había sacado del bolso de la mujer y se la había guardado en el suyo, más pequeño, cerrando la cremallera antes incluso de que dejara de oírse el sonido del pis. Luego abrió la puerta del baño, cruzó el vestíbulo flotando y volvió al bar. Sasha y la dueña de la cartera no se vieron las caras.

Antes de lo de la cartera, Sasha había tenido una noche horrible: una cita patética (otra más) con un tipo que rumiaba tras su flequillo negro y que de vez en cuando echaba un vistazo al televisor de pantalla plana; el partido de los Jets parecía interesarle más que las historias francamente manidas que Sasha contaba sobre Bennie Salazar, su antiguo jefe, que se había hecho famoso tras fundar la discográfica

Sow's Ear y que (según había sabido Sasha) se echaba copos de oro en el café —como afrodisíaco, sospechaba ella—, además de insecticida en los sobacos.

Después de lo de la cartera, en cambio, la situación rebosaba de excitantes posibilidades. Sasha advirtió las miradas de los camareros mientras se deslizaba de nuevo hacia su mesa, asiendo el bolso, que solo ella sabía que pesaba más de la cuenta. Se sentó, tomó un sorbo de su Melon Madness Martini y ladeó la cabeza mirando a Alex. Le dirigió una de sus sonrisas de ni sí ni no.

—Hola —dijo Sasha.

Su sonrisa de ni sí ni no era enormemente eficaz.

—Te veo feliz —dijo Alex.

—Yo siempre estoy feliz —dijo Sasha—. Pero a veces se me olvida.

Alex había pagado la cuenta mientras ella estaba en el lavabo, una prueba clara de que había estado a punto de abortar la cita. Pero ahora la miraba fijamente.

—¿Te apetece ir a otro sitio?

Se levantaron. Alex llevaba pantalones de pana negros y camisa blanca. Era secretario judicial. Por e-mail le había parecido entre extravagante y atolondrado, pero en persona parecía nervioso y aburrido a la vez. Era evidente que estaba en perfecta forma, no porque fuera al gimnasio, sino porque aún era lo bastante joven como para que su cuerpo conservara la impronta de los deportes que había practicado en la universidad y en el instituto. Sasha, a sus treinta y cinco años, ya había pasado ese punto. Sin embargo, ni siquiera Coz sabía qué edad tenía realmente. Los que más se acercaban le echaban treinta y uno, aunque la mayoría creían que andaba por los veintitantos. Hacía ejercicio a diario y evitaba el sol. En todos sus perfiles de internet constaba que tenía veintiocho.

Mientras seguía a Alex hacia la puerta, no pudo evitar abrir el bolso para tocar un momento la mullida cartera verde, y notó que se le aceleraba el corazón.

—Tú sabes muy bien cómo te sientes al robar algo —dijo Coz—, hasta el punto de que lo recuerdas para sentirte mejor. Pero ¿te has preguntado alguna vez cómo se sentirá la otra persona?

Sasha volvió la cabeza para mirarlo. Lo hacía de vez en cuando para recordarle a Coz que no era idiota: sabía que la pregunta tenía una respuesta correcta. Ella y Coz colaboraban en la redacción de una historia con un final decidido de antemano: Sasha iba a ponerse bien. Dejaría de robar a la gente y empezaría a preocuparse de nuevo por las cosas que habían guiado su vida: la música, los amigos que había conocido al llegar a Nueva York y una serie de objetivos que había garabateado en una hoja de papel de periódico y que siempre colgaba en las paredes de sus apartamentos:

Descubrir una banda y convertirme en su mánager  
Entender las noticias  
Estudiar japonés  
Tocar el arpa

—No pienso en la gente —dijo Sasha.

—Pues tampoco es que te falte empatía —dijo Coz—. Lo sabemos por lo del fontanero.

Sasha soltó un suspiro. Le había contado a Coz la historia del fontanero hacía un mes, y desde entonces su psicoanalista se las había arreglado para sacar el tema en casi cada sesión. El fontanero era un anciano que el casero había mandado a su casa para que arreglara un escape de agua que había en el piso de abajo. Se presentó en la puerta de Sasha,

tenía el pelo lleno de canas, y al cabo de un minuto, ¡zas!, se echó al suelo y se metió debajo de la bañera como un animal en busca de su madriguera. Tenía los dedos, con los que manoseaba los pernos de la bañera, manchados de tanto fumar; al estirar los brazos se le subió la sudadera y le quedó a la vista la espalda, pálida y fofa. Sasha se dio la vuelta, incómoda ante la humillación del viejo y ansiosa por largarse a su trabajo eventual, pero el fontanero estaba hablando con ella y le preguntaba por la duración y la frecuencia de sus duchas.

—No la utilizo nunca —le respondió secamente—. Me ducho en el gimnasio.

El hombre asintió, haciendo caso omiso de aquella falta de delicadeza, a la que parecía habituado. A Sasha empezó a picarle la nariz; cerró los ojos y se masajeó las sienes con fuerza.

Cuando volvió a abrir los ojos, se dio cuenta de que el cinturón de las herramientas del fontanero estaba en el suelo, a sus pies. Dentro había un destornillador precioso, con el mango naranja traslúcido que brillaba como un chupachups, atrapado dentro de la presilla de piel desgastada, y la caña plateada, reluciente y esbelta. Sasha sintió como todo su ser se concentraba en aquel objeto con un único bostezo de apetito; necesitaba sostener el destornillador en la mano, tan solo durante un instante. Se agachó y lo sacó silenciosamente de la presilla. Ni un ruido: sus manos huesudas generalmente eran torpes, pero aquello se le daba bien; «yo he nacido para esto», se decía a menudo durante los primeros momentos de euforia después de mangar algo. Y en cuanto tuvo el destornillador en la mano, sintió que al instante se aliviaba la pena por tener a aquel viejo de espalda fofa husmeando bajo su bañera, y acto seguido sintió también algo

más que alivio: una bendita indiferencia, como si la idea de sentir pena por algo así resultara desconcertante.

—¿Y cuando se hubo marchado? —le preguntó Coz la primera vez que Sasha le había contado la historia—. ¿Qué te pareció el destornillador entonces?

Hubo una pausa.

—Normal —respondió finalmente.

—¿En serio? ¿Ya no tenía nada especial?

—Era un destornillador como cualquier otro.

Sasha oyó a sus espaldas que Coz cambiaba de postura y entonces sucedió algo extraño en la sala: el destornillador, que había dejado encima de la mesa (a la que hacía poco había tenido que incorporar una segunda mesa) donde guardaba todas las cosas que había robado, y que no había vuelto a mirar desde entonces, parecía colgar del aire en medio de la consulta de Coz. Estaba suspendido en el aire, entre ambos: un símbolo.

—¿Y cómo te sentiste —preguntó Coz en voz baja— tras haberle robado a un fontanero que te daba pena?

¿Cómo se había sentido? ¿Que cómo se había sentido? Había una respuesta correcta a aquella pregunta, desde luego; a veces Sasha tenía que resistir la tentación de mentir solo para no darle el gusto a Coz.

—Mal, ¿vale? —dijo finalmente—. Me sentí mal. Joder, me estoy arruinando para pagar estas sesiones; es evidente que me doy cuenta de que esta no es la mejor forma de vivir.

En más de una ocasión, Coz había intentado vincular al fontanero con el padre de Sasha, que había desaparecido cuando ella tenía seis años. Sasha hacía lo posible por no alimentar esa idea.

—No me acuerdo de él —le respondía—. No tengo nada que decir.

Actuaba así para proteger a Coz, y también a sí mis-

ma: lo que estaban escribiendo era una historia de redención, de nuevos inicios y segundas oportunidades. Pero por ese camino solo iban a encontrar dolor.

Sasha y Alex cruzaron el vestíbulo del Hotel Lassimo en dirección a la calle. Sasha se colocó el bolso bajo el brazo y notó el cálido grosor de la cartera acurrucado en su axila. Al pasar frente a los angulosos setos en flor que había junto a las grandes puertas de cristal que daban a la calle, una mujer se cruzó en su camino con paso zigzagueante.

—Un momento —dijo—. ¿No habrán visto...? Estoy desesperada.

Sasha sintió un acceso de terror: se trataba de la propietaria de la cartera, lo supo al instante, aunque la persona que tenía ante sí no se parecía en nada a la mujer despreocupada de pelo negro azabache que había imaginado. En realidad tenía los ojos marrones y un aspecto vulnerable, y llevaba unos zapatos planos y puntiagudos que tableteaban con excesivo estruendo sobre el suelo de mármol. Tenía el pelo castaño y crespo, con bastantes canas.

Sasha cogió a Alex del brazo e intentó dirigirlo hacia la puerta. Notó su reacción de sorpresa al sentir que lo tocaba, pero Alex mantuvo la calma y preguntó:

—¿Si hemos visto qué? —preguntó Alex.

—Me han robado la cartera. Llevaba el carnet de identidad y tengo que coger un avión mañana por la mañana. ¡Es que no sé qué hacer!

Les dirigió una mirada suplicante. Era el típico gesto de necesidad imperiosa que los neoyorquinos aprenden rápidamente a disimular, y Sasha se encogió; no se le había ocurrido que la mujer pudiera no ser de la ciudad.

—¿Ha llamado a la policía? —preguntó Alex.

—El portero ha dicho que llamaría, pero... ¿puede ser que se me haya caído en alguna parte? —dijo, y miró con impotencia el suelo de mármol alrededor de sus pies. Sasha se relajó un poco. La mujer era una de esas personas que irritan a la gente sin ni siquiera proponérselo; incluso ahora, mientras seguía a Alex hacia la recepción, un aire de disculpa ensombrecía sus movimientos. Sasha se quedó algo rezagada.

—¿Alguien puede ayudar a esta mujer? —le oyó preguntar a Alex.

El portero era un joven con el pelo de punta.

—Hemos llamado a la policía —respondió este, a la defensiva.

Alex se volvió hacia la mujer.

—¿Dónde ha sucedido?

—En el lavabo de mujeres. Creo.

—¿Había alguien más?

—No, nadie.

—¿Estaba vacío?

—Es posible que hubiera otra persona, pero no la he visto. Alex se volvió hacia Sasha.

—Tú acabas de estar en el lavabo —dijo—. ¿Has visto a alguien?

—No —logró decir Sasha. Llevaba Xanax en el bolso, pero no lo podía abrir. Aun con la cremallera cerrada, temía que la cartera saltara a la vista de algún modo que escapara a su control y que eso desencadenara una cascada de desgracias: arresto, vergüenza, pobreza y muerte.

Alex se volvió hacia el portero.

—¿Por qué soy yo y no usted quien hace todas estas preguntas? —dijo—. Acaban de robar a una mujer en su hotel. ¿No hay..., no sé, alguien de seguridad?

Las palabras «robar» y «seguridad» lograron penetrar en el suave latido balsámico que palpitaba no solo en el Lasso, sino en todos los hoteles similares de Nueva York. Una vaga oleada de interés recorrió el vestíbulo.

—Ya he avisado a seguridad —respondió el portero, ajustándose el cuello de la camisa—. Voy a llamar otra vez.

Sasha miró a Alex. Estaba enfadado, y aquel enfado hacía visible algo que una hora de cháchara sin ton ni son (básicamente había hablado ella, eso era cierto) no había logrado revelar: que no era de Nueva York. Venía de algún lugar más pequeño. Y estaba dispuesto a enseñarles una o dos cosas sobre cómo hay que tratar a la gente.

Aparecieron dos seguras. En la vida real son como en la tele: unos tíos fornidos cuya escrupulosa cortesía parece de algún modo conectada con su predisposición a partir cráneos. Se separaron y empezaron a registrar el bar. Sasha deseó fervientemente haber dejado la cartera donde estaba, como si en realidad aquel hubiera sido un impulso al que no había logrado resistirse por poco.

—Echaré un vistazo en el lavabo —le dijo a Alex, y se obligó a pasar lentamente por delante de los ascensores. El lavabo estaba vacío. Sasha abrió el bolso, sacó la cartera, cogió el bote de Xanax y se metió uno entre los dientes. El efecto era más rápido si los masticabas. Mientras su sabor cáustico le inundaba la boca, echó un vistazo a su alrededor intentando decidir dónde dejar la cartera: ¿en el retrete? ¿Debajo del lavamanos? La indecisión la paralizó. Tenía que hacerlo bien, salir indemne de aquello, y si lo hacía, si lo lograba... tenía la delirante sensación de que iba a hacerle una promesa a Coz.

La puerta del lavabo se abrió y la mujer entró. Sus ojos desesperados se clavaron en los de Sasha en el espejo: rasgados, verdes, igualmente desesperados. Hubo una pausa durante la



cual Sasha se sintió atacada: la mujer lo sabía, lo había sabido desde el principio. Sasha le tendió la cartera. Por la expresión de asombro de la mujer se dio cuenta de que se había equivocado.

—Lo siento —se disculpó Sasha rápidamente—. Es un problema que tengo.

La mujer abrió la cartera. El alivio físico que experimentó por haberla recuperado invadió a Sasha con una oleada de calidez, como si sus cuerpos se hubieran fusionado.

—Está todo, lo juro —dijo—. Ni siquiera la he abierto. Tengo un pequeño problema, pero me estoy tratando. Solo que... No se lo diga a nadie, se lo ruego. Estoy colgando de un hilo.

La mujer levantó la mirada y sus ojos marrones escrutaron el rostro de Sasha. ¿Qué vería? Sasha habría querido volverse y mirarse de nuevo al espejo, como si eso fuera a revelar finalmente una parte de ella, algo que había perdido. Pero no lo hizo. Se quedó quieta y dejó que la mujer la observara. La sorprendió que esta tuviera casi la misma edad que ella, su edad real. Probablemente tendría hijos.

—De acuerdo —susurró la mujer, bajando la mirada—. Quedará entre nosotras.

—Gracias —respondió Sasha—. Gracias, gracias.

El alivio y los primeros efectos del Xanax le provocaron un mareo y tuvo que apoyarse en la pared. Notó que la mujer tenía ganas de largarse; a ella le habría gustado deslizarse lentamente hasta el suelo.

Llamaron a la puerta y una voz de hombre dijo:

—¿Ha habido suerte?

Sasha y Alex salieron del hotel y se adentraron en el desierto y ventoso barrio de Tribeca. Ella había sugerido el Las-

simo por pura costumbre: estaba cerca de Sow's Ear Records, donde había trabajado durante doce años como ayudante de Bennie Salazar. Pero detestaba aquel barrio por la noche sin el World Trade Center, cuyas resplandecientes autopistas de luz la habían llenado siempre de esperanza. Estaba cansada de Alex. En apenas veinte minutos, habían pasado de una deseable «conexión positiva gracias a una experiencia compartida» a la situación mucho menos atractiva de «conocerse demasiado bien». Alex llevaba un gorro de lana que le cubría la frente. Tenía las pestañas largas y negras.

—Qué raro, ¿no? —dijo finalmente.

—Sí —asintió Sasha—. ¿Te refieres a que la hayamos encontrado? —añadió tras una pausa.

—A todo. Pero sí —dijo Alex, volviéndose hacia ella—. ¿Estaba..., no sé, escondida en algún lugar recóndito?

—Estaba en el suelo, en un rincón. Como detrás de una maceta.

Decir todas aquellas mentiras hizo que a Sasha se le perlara de sudor el cráneo, a pesar del Xanax. Estuvo tentada de añadir: «En realidad no había ninguna maceta», pero logró contenerse.

—Es casi como si lo hubiera hecho aposta —dijo Alex—. Para llamar la atención o algo así.

—No me ha parecido de esa clase de personas.

—Nunca se sabe. Eso es algo que estoy aprendiendo aquí, en Nueva York: uno no tiene nunca ni puta idea de cómo son realmente los demás. No es que tengan dos caras: más bien tienen personalidad múltiple.

—Esa mujer no era de Nueva York —dijo Sasha, irritada porque Alex no se enteraba de nada, a pesar de que en realidad ella se esforzaba porque así fuera—. Iba a coger un avión, ¿recuerdas?

—Es verdad —contestó Alex. Hizo una pausa y ladeó la cabeza, observando a Sasha bajo la escasa luz de la acera—. Pero sabes a qué me refiero, ¿no? Lo de la gente, digo.

—Sí, lo sé —respondió ella con cautela—. Pero creo que uno se acostumbra.

—Pues yo preferiría irme a otro sitio.

Sasha tardó un momento en comprender a qué se refería.

—No hay otro sitio.

Alex se volvió hacia ella, desconcertado. Entonces sonrió. Sasha le devolvió el gesto: no era una de sus sonrisas de ni sí ni no, pero se le parecía.

—Eso es absurdo —dijo Alex.

Cogieron un taxi y subieron al apartamento de Sasha, en el cuarto piso de un edificio sin ascensor del Lower East Side. Vivía allí desde hacía seis años. El piso olía a velas aromáticas, había una colcha de terciopelo encima del sofá cama y un montón de cojines, un viejo televisor en color con una imagen muy nítida y una colección de souvenirs de sus viajes que abarrotaban las repisas de las ventanas: una concha de mar blanca, un par de dados rojos, un pequeño tarro de bálsamo de tigre de la China, que se había secado hasta adquirir una textura gomosa, y un diminuto bonsái que Sasha regaba religiosamente.

—Anda —dijo Alex—. ¡Pero si tienes una bañera en la cocina! He oído... Quiero decir que he leído que existían, pero no sabía si aún quedaba alguna. La ducha es nueva, ¿no? Así pues, este es uno de esos «apartamentos con bañera en la cocina», ¿no?

—Pues sí —dijo Sasha—. Pero no la uso casi nunca. Me ducho en el gimnasio.

La bañera estaba cubierta con un tablón hecho a medida y que Sasha utilizaba para amontonar los platos. Alex pasó las manos por el borde de la bañera y examinó los pies en forma de garras. Sasha encendió sus velas, sacó una botella de grapa del armario de la cocina y llenó dos vasitos.

—Me encanta este piso —comentó Alex—. Tiene un aire al Nueva York de otra época. Uno sabe que hay lugares así, pero encontrarlos ya es otra cosa.

Sasha se apoyó en la bañera, junto a él, y tomó un sorbito de grapa. Sabía a Xanax. Estaba intentando recordar la edad que constaba en el perfil de Alex. Diría que eran veintiocho, aunque parecía más joven, incluso mucho más joven. Intentó ver su apartamento tal como debía de verlo él: un fogonazo de color local que se desvanecería casi al instante en la vorágine de aventuras que todo el mundo vive al llegar por primera vez a Nueva York. A Sasha le daba un poco de rabia pensar que iba a convertirse en un destello en la bruma de recuerdos que Alex intentaría organizar al cabo de uno o dos años: «¿Dónde estaba aquel piso de la bañera? ¿Quién era aquella chica?»

Alex se alejó de la bañera y fue a explorar el resto del apartamento. A un lado de la cocina estaba el dormitorio de Sasha; al otro, el que daba a la calle, su sala de estar-estudio-despacho, donde había dos sillas tapizadas y un escritorio que reservaba para los proyectos externos al trabajo (publicidad para bandas en las que creía, breves reseñas para *Vibe* y *Spin*), aunque estos se habían reducido drásticamente en los últimos años. De hecho, el apartamento entero, que hacía seis años parecía una estación de paso hacia un lugar mejor, había terminado solidificándose en torno a Sasha, ganando masa y peso, hasta que ella había acabado por sentirse al mismo tiempo atrapada y afortunada por tenerlo, no solo

como si no pudiera seguir avanzando, sino como si tampoco lo quisiera.

Alex se agachó y echó un vistazo a la pequeña colección de las repisas de las ventanas. Se detuvo en la foto de Rob, el amigo de Sasha que se había ahogado cuando iban a la universidad, pero no hizo ningún comentario. Aún no había visto las mesas donde Sasha almacenaba el montón de objetos que había robado: bolígrafos, prismáticos, llaves, y la bufanda infantil que simplemente no había devuelto a la niña que la había perdido al salir de un Starbucks de la mano de su madre. Por aquel entonces Sasha ya estaba visitándose con Coz, por lo que había identificado la letanía de excusas a medida que estas iban asomando a su mente: el invierno ya casi ha terminado; los niños crecen tan rápido; los niños detestan las bufandas; es demasiado tarde, ya se han marchado; me da vergüenza devolverla; podría perfectamente no haberme dado cuenta de que se le caía... De hecho no lo he visto, acabo de descubrirla ahora mismo: «¡Fíjate, una bufanda! Una bufanda de niña, amarilla a rayas rosas... Vaya, ¿de quién será? Bueno, la recogeré y me la quedaré un rato...» En casa, la había lavado a mano y la había doblado con esmero. Era uno de sus objetos favoritos.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Alex.

Había descubierto las mesas y estaba contemplando lo que parecía el trabajo de un castor aficionado a las miniaturas: un montón de objetos con una lógica incomprensible, pero desde luego no aleatoria. A ojos de Sasha, las mesas casi se zarandeaban bajo el peso de tanta vergüenza y tantas situaciones de las que había logrado salvarse por los pelos, las pequeñas victorias y los momentos de pura euforia. Allí había años de su vida comprimidos. El destornillador estaba en una esquina. Sasha se acercó más a Alex,

atraída por el modo en que este iba asimilando todos los detalles.

—¿Y cómo te sentiste al encontrarte junto a Alex ante todas las cosas que habías robado? —preguntó Coz.

Sasha volvió la cara hacia el diván azul porque se estaba ruborizando y eso era algo que detestaba. No quería contarle a Coz los sentimientos encontrados que había experimentado allí, junto a Alex: el orgullo que le producían aquellos objetos, una ternura que aún se acentuaba más por la forma vergonzosa como los había conseguido. Lo había arriesgado todo, y ahí estaba el resultado: el núcleo descarnado, retorcido de su vida. Al ver a Alex recorrer con la mirada aquellos objetos se emocionó. Lo abrazó por la espalda y él se volvió, sorprendido pero dispuesto. Lo besó en los labios, le bajó la bragueta y se quitó las botas de un puntapié. Alex intentó llevársela hacia la otra habitación, donde podrían echarse en el sofá cama, pero Sasha se arrodilló junto a la mesa y tiró de él, con el picor de la alfombra persa en la espalda y a la luz de las farolas, que entraba por la ventana e iluminaba la expresión hambrienta, optimista de Alex y sus pálidos muslos desnudos.

Al terminar, se quedaron echados en la alfombra durante mucho rato. Las velas empezaron a chisporrotear. Sasha vio la espinosa silueta del bonsái recortada contra la ventana, cerca de su cabeza. Su excitación había desaparecido por completo y en su lugar había quedado tan solo una terrible tristeza, un vacío violento, como si la hubieran abierto en canal. Se levantó tambaleándose, con la esperanza de que Alex, que aún llevaba la camisa puesta, se marchara pronto.

—¿Sabes qué me apetecería ahora? —dijo entonces, levantándose—. Meterme en la bañera.

—Adelante —dijo Sasha sin entusiasmo alguno—. Funciona, el fontanero estuvo aquí hace nada.

Ella se subió los vaqueros y se dejó caer en una silla. Alex se acercó a la bañera, apartó con cuidado los platos de encima del tablón de madera y lo levantó. El agua salió del grifo con fuerza, una potencia que había sorprendido a Sasha las pocas veces que la había utilizado.

Los pantalones negros de Alex yacían arrugados en el suelo. La cartera había dejado un recuadro gastado en la pana de uno de los bolsillos traseros, como si llevara aquellos pantalones a menudo y siempre con la cartera en el mismo sitio. Sasha se volvió hacia él: salía vapor de la bañera, y Alex metió la mano en el agua para comprobar la temperatura. Entonces se acercó de nuevo al montón de objetos y se inclinó como si buscara algo en concreto. Sasha lo observó, esperando sentir una vez más aquel estremecimiento de excitación, pero el momento había pasado.

—¿Puedo echar un poco de esto?

Tenía en la mano un paquete de sales de baño que Sasha se había llevado de casa de su mejor amiga, Lizzie, hacía unos años, antes de que se retiraran la palabra. Las sales estaban aún en su envoltorio de topos. Alex las había sacado del fondo del montón, que se había desmoronado ligeramente. ¿Cómo había podido verlas?

Sasha dudó un instante. Ella y Coz habían hablado largo y tendido sobre el motivo por el que mantenía los objetos robados al margen del resto de su vida: porque utilizarlos implicaría que actuaba por codicia o interés personal; porque al dejarlos intactos parecía como si un día fuera a devolverlos; porque si los amontonaba evitaba que su poder se perdiera.

—Sí —dijo—. Supongo que sí.

Era consciente de que acababa de modificar la historia que ella y Coz estaban escribiendo, de que había dado un paso simbólico, aunque no estaba segura de si este los acercaba o los alejaba del final feliz.

Notó la mano de Alex en la nuca, acariciándole el pelo.

—¿Te gusta caliente? —le preguntó—. ¿O templada?

—Caliente —dijo ella—. Muy, muy caliente.

—A mí también.

Alex volvió a la bañera, ajustó los grifos, echó parte de las sales y la cocina se llenó al instante de un olor húmedo y vegetal que Sasha reconoció de inmediato: era el olor del baño de Lizzie, de cuando Sasha se duchaba allí después de que ella y su amiga salieran a correr por Central Park.

—¿Dónde tienes las toallas? —preguntó Alex.

Las guardaba dobladas en una cesta que había en el baño. Alex fue a buscarlas y cerró la puerta. Sasha oyó que empezaba a hacer pis. Se arrodilló, sacó la cartera del bolsillo de los pantalones de Alex y la abrió, con el corazón desbocado por una súbita urgencia. Era una cartera negra, normal y corriente, con los bordes de un desgastado tono gris. Examinó rápidamente el contenido: una tarjeta de débito, una identificación del trabajo, el carnet de un gimnasio. En un bolsillo lateral, una fotografía descolorida de dos niños y una niña con aparatos dentales y los ojos entrecerrados, en una playa. Un equipo deportivo con uniforme amarillo, con las cabezas tan pequeñas que Sasha era incapaz de decir si una de ellas era la de Alex. De entre aquellas fotos con las esquinas dobladas salió un trozo de papel de libreta que fue a caer en el regazo de Sasha. Parecía muy antiguo, tenía los bordes roídos y casi se habían borrado las rayas azules. Sasha lo abrió; dentro, escrito con un lápiz sin punta, ponía: YO CREO EN TI. Se quedó petrificada al ver



aquellas palabras; tuvo la sensación de que le llegaban a través de una especie de túnel desde aquel mísero papelito, provocándole un ataque de vergüenza por Alex, que había guardado aquel mensaje medio desintegrado en su cartera medio desintegrada, y a continuación se avergonzó de sí misma por haberlo leído. Fue vagamente consciente de que acababan de abrirse los grifos del lavabo, de modo que debía actuar con rapidez. Apresuradamente, con gestos mecánicos, recompuso la cartera, pero se quedó el papelito. Voy a tenerlo un momento en la mano, fue consciente de estar pensando mientras volvía a meter la cartera en el bolsillo de Alex. Se lo devolveré más tarde; probablemente ni se acuerde de que estaba ahí; en realidad le estoy haciendo un favor, eliminándolo antes de que alguien lo descubra. Le diré: «Oye, he encontrado esto encima de la alfombra, ¿es tuyo?» Y él dirá: «¿Eso? No lo he visto en mi vida; debe de ser tuyo, Sasha.» Y a lo mejor es cierto. A lo mejor alguien me lo dio hace años y se me olvidó.

—¿Y lo hiciste? ¿Se lo devolviste? —preguntó Coz.

—No tuve ocasión. Salió del lavabo.

—¿Y más tarde? Después del baño. O al volveros a ver.

—Después del baño se puso los pantalones y se marchó. No he vuelto a hablar con él.

Hubo una pausa durante la cual Sasha tuvo plena conciencia de que Coz estaba detrás de ella, esperando. Y ella quería complacerlo desesperadamente, decirle algo como: «Fue un punto de inflexión, ahora lo veo todo distinto», o: «Llamé a Lizzie y finalmente hicimos las paces», o: «He vuelto a tocar el arpa», o simplemente: «Estoy cambiando, estoy cambiando, estoy cambiando: ¡he cambiado!» Redención, transformación... Dios, cómo deseaba aquello. Cada día, a cada minuto. ¿No le sucedía a todo el mundo?

—Por favor —le dijo a Coz—, no me preguntes cómo me siento.

—De acuerdo —respondió él en voz baja.

Se quedaron sentados en silencio, el silencio más largo que se había producido entre ellos. Sasha contempló la ventana, constantemente bañada por la lluvia, que emborronaba las luces en la oscuridad creciente. Se quedó muy tensa, tendida en el diván, reclamando su lugar en aquella sala, su visión de la ventana y las paredes, el leve zumbido que oía siempre que aguzaba el oído, y aquellos minutos del tiempo de Coz: uno más, luego otro, y otro.